

EN TORNO A UNA VIEJA MESA Y A UNOS LIBROS¹

José-Carlos MAINER BAQUÉ

Sr. Consejero de Educación y Cultura del Gobierno de Aragón, Sr. Director del Instituto de Estudios Altoaragoneses, Sr. Presidente de la Casa de España en San Diego, Sr. Director de la Biblioteca de Aragón, señoras y señores:

Hace ya algo más de setenta años que murió Vicente Blasco Ibáñez, en un exilio que adoptó tras la toma del poder por Primo de Rivera y en aquella estu-
penda quinta de Menton que había ganado con sus regalías cinematográfico-literarias. Ernesto Giménez Caballero, que, a la sazón, dirigía el más importante periódico cultural de nuestro siglo, *La Gaceta Literaria*, dedicó un bonito artículo a su memoria: hecho singular, pues en nuestro país las nóminas de intelectuales y artistas «puros» no consienten en mezclarse con las de aquellos escritores o plásticos que gozan del favor del público y ganan con sus trabajos buenos dineros, llámen-
se estos Wenceslao Fernández Flórez o Mariano Benlliure, Manuel Benedito o Ricardo León, Vicente Blasco Ibáñez o Moreno Carbonero. Giménez consignaba ese desencuentro pero, a la vez, se quejaba del escaso culto que nuestro país tributa a sus héroes de la pluma, del pincel o del cincel. Y, con mucha razón, comparaba el aspecto del solemne Panteón de París —cuya cúpula domina el Barrio Latino pero también los numerosos edificios de la administración escolar francesa— o de la catedral de Westminster —con aquel *Poets Corner*, donde están las tumbas o los cenotafios de Shakespeare, Milton, Keats o Kipling— con el pobre Panteón de Hombres Ilustres de Madrid, obra de principios de siglo, en la urbanísticamente infeliz vaguada de Atocha y casi vacío de sepulturas renombradas. Los restos de nuestro Joaquín Costa, por ejemplo, estaban destinados allí, pero la ira de los zaragozanos los detuvo en la estación de ferrocarril del Norte y acabaron en el cementerio de To-

¹ Palabras leídas por el profesor Dr. José-Carlos Mainer en el acto de recepción de los objetos personales de Ramón J. Sender donados por la Casa de España en San Diego a la Diputación General de Aragón. Zaragoza, 21 de junio de 1999.

rrero, lugar bastante menos evocador por cierto que el que el autor había soñado en las soledades de Graus.

No es sólo cuestión de despojos ilustres. Lo mismo sucede con el recuerdo de las intimidades que deja el paso de un autor por esta vida. Quien visita el conmovedor Museo Carnavalet, dedicado a la historia de París, encuentra allí, reconstruidos con mimo, varios despachos de escritores y muros interminables de los que cuelga su iconografía. Apenas el Museo Romántico madrileño ofrece un tímido remedo de la intimidad del siglo que la inventó. El más aparatoso Museo Municipal de la Villa de Madrid alberga el sucinto despacho de Ramón Mesonero Romanos —que parece el de un comerciante de mediano pasar— y una instalación algo desdiosa del que fue de Ramón Gómez de la Serna, delirio del *horror vacui*, con su biombo ilustrado, su maniquí femenino y sus bolas de espejos colgando del techo. Pero no lleva allí mucho tiempo: Ramón lo legó a su ciudad natal y sucesivos concejos ignoraros lo tuvieron embalado, hasta que Tierno Galván hizo sacarlo de las cajas que lo trajeron de Buenos Aires. No se me olvidan, claro, las casas-museos que son pequeñas capillas de ese culto de dulía que Giménez Caballero echaba de menos en 1928: pienso en la conversión de la residencia rectoral de Salamanca en Casa-Museo de Miguel de Unamuno; en la residencia monovera de Azorín que hoy custodia muy dignamente una caja regional de ahorros; en la casona de Itzea, que es un retrato de las personalidades, los gustos y los ensueños de Pío Baroja y su sobrino Julio Caro, pero cuyo porvenir como lugar visitable es cuando menos oscuro; pienso en la Huerta de San Vicente que fue de los García Lorca y que tanto costó recobrar como patrimonio público, por no recordar lugares tan tradicionales como la Casa de Cervantes en Valladolid y la de Lope de Vega en Madrid. O esa casa colectiva que fue para la llamada generación de 1927 la Residencia de Estudiantes, ahora en cuidadosa restauración y sede de una actividad cultural que la hace dignísima heredera de la institución de 1910-1936. Aquí, entre nosotros, apenas tenemos la casa de Joaquín Costa en Graus, última de las suyas, cuidada por la familia Auset, y desde cuyo balcón se ven aquellos picos de Las Forcas a cuyo reparo quiso ser enterrado...

Pero no siempre ha de atribuirse a la insensibilidad de las autoridades esta falta de sentido reverencial de la cultura. Este ha sido, por un lado, un país de muy débiles instituciones literarias y, por otro, de pobre vida doméstica: ni las primeras han favorecido la conservación de los recuerdos ni la segunda ha sido muy propicia a crearlos. Pensemos que uno de nuestros mayores poetas del siglo XX, Antonio Machado, vivió casi toda su vida como huésped «estable» de pensión y que su famosa expresión «ligero de equipaje» era algo más que una metáfora. Ramón del Valle-Inclán tuvo más actividad en la tertulia del café de Levante o en los cafetines de Santiago de Compostela que en su casa, que nunca fue gran cosa. Y añadamos a ese desdén por lo doméstico el problema del exilio de 1939, que corta en dos tantas vidas españolas. En esa provisionalidad, uno se acostumbra a vivir con lo puesto: Francisco Ayala ha confesado que no tiene libros, ni casi cuadros, en su casa de Marqués de Cubas porque no siente la necesidad de arraigo que sienten otros... Hay,

claro, excepciones: pienso ahora en la casa de Joan Perucho, un pisito no muy grande —años sesenta— de la barcelonesa avenida de la República Argentina que está lleno hasta la congestión de libros antiguos, cuadros de sus amigos, objetos tan peregrinos como los que salen en sus relatos, recuerdos de familia, etc.

El caso de Sender pertenece al mundo de los primeros, de los nómadas sin pertenencias, y pienso que eso confiere un gran valor simbólico a lo que ahora tenemos a nuestra vista: una mesa de serie, de metal y conglomerado, funcional aunque sin gracia, poco apta para cultos de recordación, pero que era la suya, la de su trabajo, símbolo quizá de su peregrinación permanente. Sender vivió en muchos sitios y usó sin duda muchas otras mesas. Desde 1901 a 1903 lo hizo en Chalamera; luego en Alcolea de Cinca hasta 1911; ese año y los dos siguientes en Tauste (aunque el trece estudia en Reus); en 1914 pasa a Zaragoza, donde vivió hasta 1919 sucesivamente en el palacio de Montemuzo, en la calle de Prudencio y en el Coso, al lado de la Audiencia; desde 1919 en Huesca y en 1924 fue definitivamente a Madrid, donde ya había estado medio escapado ese mismo año de 1919. Y, sin embargo, de esos numerosos domicilios infantiles y adolescentes quedó algo en el fondo de su imaginación: la idea de una casa propia que está tan presente en las páginas más hermosas de los dos primeros volúmenes de *Crónica del alba*. En Madrid y como periodista, tuvo domicilios varios: el más memorable fue el último, donde vivió con su mujer y sus dos hijos, en la calle Doctor Esquerdo; en alguno de sus libros recordó cómo desde las habitaciones exteriores se oía el guirigay de los animales de la «Casa de Fieras» del Retiro.

Pero llegaron la guerra civil y el exilio. Entre 1939 y 1942 estuvo en México; de 1942 a 1947 en Estados Unidos, ya unido a Florence Hall y en condiciones de una relativa estabilidad, que continúa al desplazarse a Albuquerque, Nuevo México, donde residió hasta 1961. Desde entonces, vivió en Los Ángeles y San Diego, aunque con breves estancias profesoras en Seattle y Michigan. Y el océano Pacífico recogió, al cabo, sus cenizas. No parece raro que las páginas de sus obras del exilio abundan tanto en *outsiders*, morales y físicos, peregrinos de sí mismos, huidos de vagas amenazas o simplemente culos de mal asiento, como son el Federico Sails de *La esfera*, como el Ramiro Vallemediado —que ni siquiera sabe su origen— en *El verdugo afable*, como el héroe de *Los laureles de Anselmo*, nueva encarnación del Segismundo calderoniano, hasta llegar al Ignacio Morel de la novela homónima o a los suicidas del *Nocturno de los 14*, por no hablar de la vasta galería de errantes que exhiben las «novelas zodiacales». Pero, en el fondo, alguien puede pensar que, por debajo de esa aceptación de un destino de transeúnte, seguía latente la nostalgia de un lugar propio, de una casa: la ficción que estructura su libro misceláneo *Monte Odina* (1982) tiene algo que ver con eso. La propiedad de Monte Odina existe, como todo el mundo sabe, y fue el hogar y biblioteca de don Francisco Laguna, muerto en la guerra civil y buen amigo de los padres de Sender. Parece que había prometido al muchacho Ramón que sería su bibliotecario y la idea de haberlo llegado a ser, mezclada con recuerdos —reales y fantásticos— de su infancia, estructuró este libro sin-

gular en que la finca oscense se convierte —en palabras de Sender— en «pequeño teatro del mundo»: un lugar donde confluyen el pasado personal y el colectivo o, como apuntaría algún pedante erudito, una suerte de vivaz «teatro de la memoria». Que eso es, a fin de cuentas, una casa.

Es curioso subrayar que Monte Odina sea, a la vez, domicilio y biblioteca, porque la casa de un escritor son también sus libros. Y aquí han llegado hasta nosotros, en este legado de la Casa de España en San Diego, cerca de un centenar de volúmenes que fueron de Sender, los últimos que tuvo a mano. No son muchos ni, a primera vista, muy significativos, pero vale la pena indagar un poco en el significado que pudieron tener para el escritor. No dirá mucho a nadie que entre ellos ande un *Who's who?*, alguna enciclopedia norteamericana en inglés, el útil diccionario ideológico de Julio Casares o un cuestionario para el concurso de agentes de propiedad inmobiliaria —que es una cosa tan americana—, pero ¿cómo no pararse a pensar en qué hacía allí un libro turístico sobre Finlandia o abundantes folletos turísticos españoles o un libro en inglés sobre energías alternativas?

Con todo, puede que lo más sintomático sean los libros políticos, casi todos de tendencia anarquista y que nos llevan a recordar que el autor lo fue, que de allí pasó al comunismo antifascista de finales de los años treinta y después al anticomunismo humanista y desesperanzado de tantos otros escritores de nuestro siglo: hay sendas antologías de Mikhail Bakunin y Piotr Kropotkin, impresas en Argentina; del mismo origen editorial son *La capacidad política de la clase obrera* de Pierre-Joseph Proudhon, el primer libro, por cierto, que habló de la «lucha de clases». Hallamos también una defensa del anarquismo en inglés escrita por Robert Paul Wolff y unas *Ideologías del movimiento obrero* de Solomonoff, además de la clásica narración del Paul Avrich, *Kronstadt 1921*, sobre el movimiento libertario-sindicalista de aquella base naval del Báltico que fue sofocado por los soviéticos y que dio paso a la planificación quinquenal de la Nueva Economía Planificada (NEP). Pero todo eso compartía estanterías con un libro del padre José O'Callaghan sobre los papiros de Qumrân (los famosos textos que hablan de movimientos paracristianos —esenios— en los años anteriores a Jesús), otro del padre Hevia sobre *Catolicismo y Sagrada Escritura* y un libro en inglés sobre los Vedas: la religión atraía poderosamente a Sender como misterio histórico y como necesidad antropológica, más que otra cosa. Era un vago deísta y un firme convencido de la preponderancia de la fisiología sobre la razón: de ahí venía su noción de «pensamiento ganglionar» que su admirador y amigo Francisco Carrasquer ha sabido diseccionar en libros y artículos muy certeros.

Otro tema presente en esta colección es la historia de la América española: hallamos, por ejemplo, el libro clásico de Boleslao Lewin sobre la rebelión de Túpac Amaru (por cierto que muy anotado e incluso recortado) y no se puede evitar el recuerdo de que Sender escribió una novela con ese título en 1973; encontramos otro volumen de Luz Campana de Watts, discípula del escritor, sobre la Perricholi, amante del virrey Amat, y es inevitable evocar que Lima y el Perú fueron el am-

biente en que se desarrolló su relato *El alarido de Yaurí* (1972). Hay, en cambio, pocas novelas y, como es común en casi todos los libros de creación literaria de este legado, remitidas por los autores a Sender: dos relatos de José Luis Castillo-Puche (autor de un librito sobre nuestro escritor), uno de Claudio Bastida, otro de José María Carrascal y otro del aragonés de vocación Gabriel García-Badell (*De rodillas al sol*), a quien debían de fascinar los relatos alegóricos y filosofantes del último Sender... Y está *1984*, la famosa fantasía política de George Orwell, un título mayor y un autor con quien compartía bastante de su visión del mundo. Pero también se encuentra el curioso y excelente libro de Ana Martínez Arancón sobre *La profecía*, que evoca a la perfección el mundo de la credulidad y la esperanza en la España de los Austrias. Y un texto teórico tan importante como la *Teoría de la expresión poética* de Carlos Bousoño, que quizá utilizaría para ilustrar alguna clase universitaria, y un tomo de *Teatro difícil* español de los años sesenta (con piezas de José Ruibal, Antonio Martínez Mediero, Jorge Díaz...) que debió de hacerle meditar sobre un mundo —lo escénico— que nunca llegó a captarle del todo y que, sin embargo, fue trascendental en su concepción artística de la novela.

Y es que los libros son una respuesta, como quieren las mentes utilitarias, pero también son una inquietante pregunta en relación con quien los lee... Por eso y por muchas otras cosas, debe alegrarnos, en fin, que este pequeño tesoro venga a parar aquí, gracias a la generosidad de unos compatriotas que viven en San Diego y que conocieron a Sender en sus últimos años y gracias también a la sensibilidad de las autoridades políticas que entendieron la importancia del ofrecimiento. Esta vieja mesa y estos libros son un frágil y modesto equipaje que se constituye en primera pieza de un culto senderiano al que ojalá pronto se puedan unir cartas, papeles, originales incluso, que, sin duda, se conservan en Estados Unidos o entre nosotros. Pero la mesa y los libros no son un mero fetiche: a su manera, también nos interrogan y nos dicen algo del misterio de la creación, de la escritura.

Cabe una pregunta final, quizá obvia... ¿Qué debemos a Sender los aragoneses? Yo no quisiera que el tributo debido al gran escritor fuera una manifestación más de localismo patriotero —que a Sender le fastidiaba no poco— ni pretexto de una inútil rebatiña interregional de mitos literarios. Afortunadamente, no es así. Desde hace ya unos años, en la ciudad de Huesca, el Proyecto Sender, nacido del encuentro espontáneo de unos lectores atentos del escritor y pronto bajo los auspicios generosos del Instituto de Estudios Altoaragoneses, logró cosas que son todavía insólitas entre nosotros: recoger y adquirir libros de y sobre el autor que no están en ninguna otra parte, formar una notable colección de sus pinturas, buscar microfilmaciones de su epistolario con Joaquín Maurín y de los artículos que escribió para la agencia literaria de este otro exiliado aragonés. Paralelamente, se impulsaron importantes ediciones de sus primeros escritos y de los relatos *Imán* y *El lugar de un hombre*, que tuvieron lugar en la colección «Larumbe» que dirige Fermín Gil Encabo y cuya preparación corrió de cuenta de Jesús Vived, Francisco Carrasquer y Donatella Pini, respectivamente. Se coeditó una selección de la correspondencia de

Joaquín Maurín, a cargo de su descubridor, Francisco Caudet, y se imprimió la importante tesis doctoral de José Domingo Dueñas sobre el periodismo republicano del escritor... Y se puso en pie en abril de 1995 el congreso «El lugar de Sender», un título revelador (que inventó Juan Carlos Ara, secretario de la reunión) porque jugaba con un conocido título del autor y también con el significado cabal del enunciado: ¿dónde poner a Sender, a qué luz verlo, para entenderlo mejor? Creo yo que las actas del congreso dan pistas sustanciales de por dónde irán las investigaciones que sigan: hay en el escritor un importante pensamiento antropológico que urge sistematizar; hay la búsqueda de una novela simbólica y alegórica de considerable originalidad pero no carente de concomitantes internacionales que deben rastrearse; hay una fascinante mezcla de disposiciones escénicas y actitudes narrativas, como de supuestos ensayísticos y evocaciones de la memoria, que convendrá analizar a la luz de la teoría de los géneros; hay una prosa de una plasticidad impresionante en las descripciones y de un ritmo peculiarísimo, que merece un estudio pormenorizado; tenemos en Sender al mejor escritor social de nuestros años treinta, pero también al mejor testigo español de los horrores y los miedos del siglo XX en los años cincuenta...

No faltan, pues, razones de peso para seguir hablando de Sender... Pero sobre todo eso habrá que volver en el inminente año 2001, fecha en que celebraremos el centenario del nacimiento del escritor tras haberlo hecho, el año 2000, con el de Luis Buñuel: las glorias de nuestros paisanos no nos hacen más listos ni más importantes, pero es deuda de bien nacidos hablar de ellas y, a su luz, entender algo mejor este siglo que se acaba y del que uno y otro, Sender y Buñuel, se cuentan entre sus más lúcidos testigos.

Muchas gracias a todos por su atención.